

## JUAN DE QUINTANADUEÑAS (1556-1634) y la difusión del Carmelo Teresiano

La obra del P. Pierre Sérouet que presentamos en esta nota<sup>1</sup> es una monografía de carácter prevalentemente biográfico, que viene a redimir definitivamente del olvido, desproporcionado a sus méritos, la figura de D. Juan de Quintanadueñas, a cuyo entusiasmo y colaboración debe mucho la propagación del ideal teresiano en Francia y en el mundo entero.

Nació Juan en 1556 en la villa de Rouen, en el seno de una familia de mercaderes oriundos de Burgos que se había establecido allí a principios del siglo XVI. Las revueltas religiosas de Francia persuadieron a su padre, D. Fernando de Quinatadueñas, a enviar a su primogénito a un lugar más seguro, y de 1562 a 1570 el niño se educó en Sevilla, en casa de su tío Sancho, hermano de su padre. Al asomarse a la juventud, su padre le inicia en los negocios de la familia y trata de prepararle un matrimonio ventajoso, pero Juan se siente más atraído por la vida de piedad y se dedica a obras de beneficencia, distribuyendo cuantiosas limosnas.

En 1582 vuelve Juan a Sevilla, pero esta vez con el encargo de atender a algunos negocios de la familia. Aprovechando el viaje a España, ofrece su compañía a la comunidad de monjas clarisas de Alckmaar, que huyendo de los herejes de Flandes y después de diversas peripecias se refugiaron en Lisboa bajo la protección de Felipe II. Jerónimo Gracián y la M. María de S. José las ayudarán más tarde a reorganizar su vida religiosa.

Los cuatro años que residió en España en esta ocasión marcaron definitivamente el rumbo de su vida. Entre sus amigos de Sevilla figuraba el mercader Pedro de Tolosa, hermano de doña Catalina, que con cuatro de sus hijas abrazó la obra teresiana (véase la carta de la Santa escrita el 6.2.1585, n. 3), y fue D. Pedro quien un día llevó a Juan al locutorio de las Carmelitas Descalzas para que saludase a la M. priora, María de S. José. De ese encuentro salió con un ejemplar del *Camino de perfección* y una disciplina que le regaló la M. Priora, y con una impresión imborrable de su primer contacto con el Carmelo Teresiano.

---

<sup>1</sup> Pierre SÉROUET, *Jean de Brétigny (1556-1634). Aux origines du Carmel de France, de Belgique et du Congo*. Louvain 1974. (Bibliothèque de la Revue d'Histoire Ecclésiastique 60).

Durante los años 1583-1584, empujado por la M. María de S. José y por otro amigo común y entusiasta de los Descalzos, Pedro Cerezo Pardo, frecuentó Juan asiduamente el convento de los Remedios de Sevilla. En la primavera de 1583 se comenzó a dirigir con el P. Gracián, que le permitió convivir durante tres meses con los novicios aunque no tenía intención de hacerse religioso. El maestro de novicios de los Remedios había marchado con la primera expedición al Congo y su sucesor seguía en la misma línea. La imagen que Juan se hizo de la obra teresiana llevaba, pues, bien marcado el acento misionero.

Instruido y dirigido por Gracián, se dedicó también durante esos años a obras de caridad y apostolado, ayudando sobre todo a muchas mujeres a liberarse del ambiente de la prostitución y pagando la dote necesaria a las que deseaban casarse. Fueron más de 60 las que llegaron al matrimonio gracias a él, y a los andaluces les faltó tiempo para bautizarlo con el apelativo de « padre de putas » (p. 45).

Por Navidad de 1584 se fundió el convento de Carmelitas descalzas de Lisboa, con monjas procedentes de Sevilla. La primera expedición, guiada por el P. Gracián y el P. Antonio de Jesús, fue acompañada por Pedro Cerezo Pardo. A Juan se le encomendó unas semanas más tarde el traslado de las cuatro monjas restantes, corriendo naturalmente por su cuenta los gastos del viaje.

Durante la consiguiente estancia en Lisboa tuvieron lugar sucesos de importancia. Juan pudo apreciar el entusiasmo misionero creado en torno a la expedición al Congo con las noticias que iban llegando. Entre ellas una carta en que la hija del Rey del Congo D. Alvaro pedía a María de S. José la recibiera entre las Carmelitas que deseaba se fundasen en su patria africana. Veremos luego cómo esta idea de fundar Carmelitas Descalzas en el Congo seguirá dando vueltas en la cabeza de Quintanadueñas hasta el fin de sus días.

En el mes de mayo tuvo lugar el capítulo provincial de los Descalzos, allí en Lisboa, y a este respecto podemos añadir un detalle que da todavía mayor realce a la documentación, de gran interés, aducida por el P. Sérouet. En su exposición sobre el estado y desarrollo de la Provincia, presentada al Capítulo, dice entre otras cosas el P. Gracián: « Si la Orden se determina a pasar al reino de Francia, da casa y comodidad de convento en la villa de Ruán el muy Ill<sup>e</sup> señor Juan de Quintanadueñas, señor de Bretani, y descúbrese el gran fruto que se puede hacer en aquella tierra con nuestro modo de vivir. En los Estados de Flandes da casa y renta para principio de convento el señor Pedro Cerezo Pardo, con grandes esperanzas de mucho fruto en aquella tierra »<sup>2</sup>. Como se ve, los dos amigos habían hecho al P. Gracián ofrecimiento formal para sendas fundaciones en Francia y Flandes y Gracián deja el asunto a la decisión del Capítulo. Sigamos con la exposición del P. Sérouet.

La decisión del Capítulo se aplazó hasta octubre, en espera de que el nuevo provincial elegido, P. Nicolás Doria, regresara de Génova, donde estaba ocupado en la fundación del primer convento de Descalzos (no de monjas, p. 58). Antes de suspender el Capítulo, Gracián, como primer definidor y de acuerdo con los demás, envió una expedición de 12 misioneros a México. Juan contribuyó a los gastos con 89.610 maravedises.

Con fecha 19 de octubre de 1585 se extendieron las patentes en que se nombraba a Juan fundador de los descalzos en Francia y podía por

---

<sup>2</sup> *Monumenta Historica Carmeli Teresiani*, vol. III (Roma 1977) p. 57-58.

fin regresar satisfecho a sus negocios y a planear la fundación. En su viaje hacia Sevilla tuvo por compañero a S. Juan de la Cruz, que apoyaba con entusiasmo sus planes para dilatar el Carmelo Teresiano (p. 61).

A fines de septiembre de 1586 regresa Juan a Francia, no sin antes haber visitado el convento recién fundado por Ana de Jesús en Madrid, y habiendo dejado de paso una buena limosna para contribuir a los gastos de la edición de los escritos de Santa Teresa que estaba preparando Fr. Luis de León ayudado por Ana de Jesús. De Madrid llevaba también una recomendación del Embajador de Francia para su empresa y muestras de gratitud de los nuevos superiores de los Descalzos, el P. Nicolás Doria y su brazo derecho el P. Mariano.

Apenas llega a su tierra escribe Juan a los descalzos de los Remedios de Sevilla lleno de entusiasmo y pidiendo voluntarios, pero, en parte por la situación política de Francia y en parte, quizá mayor, porque el entusiasmo de los nuevos superiores no es tan sincero como el de los anteriores, comienza un período de casi 20 años en que se puso bien a prueba la tenacidad de carácter de nuestro protagonista y lo profundamente enamorado que estaba de Santa Teresa y de su obra.

De este período hay que destacar, en primer lugar, la correspondencia epistolar mantenida por Juan, especialmente con las Descalzas. Aunque la documentación original se ha perdido en gran parte, el P. Sérouet recoge a través de los trozos de cartas conservados en las crónicas de los primeros carmelos franceses elementos de gran valor histórico. Resalta sobre todo el entusiasmo misionero con que las hijas de Teresa responden a su invitación, lo hondo que ha calado en ellas el deseo de acudir a remediar « los daños de Francia » que años antes habían conmovido el corazón de la Madre Fundadora. Aparecen voluntarias para Francia (« francesas » se llaman a sí mismas) en Lisboa, Sevilla, Córdoba, Salúcar la Mayor, etc. Al frente de todas figura María de S. José que estudia asiduamente el francés para prepararse a su misión y llega a escribir a Juan en la lengua de su segunda patria para demostrarle los progresos que está haciendo (p. 67-68). Pero mientras en Francia consigue el permiso del Capítulo de Rouen para hacer la fundación (5.7.1591) —entre los argumentos presentados para lograrlo figura una traducción de las Constituciones de la Santa hecha por él mismo— en España los superiores de los Descalzos no sintonizan con el entusiasmo de los súbditos.

En vista de las dificultades vuelve de nuevo a España, pertrechado de cartas de recomendación de Carlos de Lorraine para Felipe II y otras para los superiores. Pero la carta de respuesta de Mariano el 23 de febrero de 1593 era para desamimar a cualquiera menos tenaz que Juan (p. 97-99). Permaneció sin embargo en España los años 1593-1594, tratando de remover el asunto y aprovechando el tiempo para visitar todas las fundaciones teresianas una por una. Por fin regresó el P. Doria del capítulo de Cremona, pero murió (9.5.1594) sin conceder el suspirado permiso para que seis u ocho hijas de Teresa pasasen a Francia. Cuando Juan se presentó al nuevo general, Elías de S. Martín, perorando su causa, recibió, en vez del permiso deseado, unos escapularios (p. 105).

Entretanto había ido definiendo también su vocación y se decidió por el sacerdocio. Los años 1595-1598 los dedica a prepararse para la ordenación. De este tiempo hay algunas cartas sobre un proyecto de fundación en Flandes, ya que no la consigue en Francia, para abrir de alguna

manera el camino (p. 113). (¿Tendrá alguna relación este proyecto con el de Pedro Cerezo Pardo en 1585? ¿Habrá tropezado Pedro Cerezo con las mismas dificultades que Juan?). Se extraña el P. Sérouet de que este intento de 1595-97 haya quedado desconocido a los historiadores, pero hay que tener en cuenta que la historiografía oficial pasó en silencio todos estos detalles relacionados con la orientación que habían dado a la Orden la M. Fundadora y el P. Gracián, para que no se advirtiese el contraste con la evolución posterior. El argumento clásico, recogido también en este libro (p. 117), de que los superiores no querían permitir fundaciones fuera de España por creer que fuera de ella era imposible mantener el rigor y la perfección de los Descalzos, no corresponde a la realidad histórica. Baste recordar que son precisamente dos italianos los responsables de esta limitación de horizontes tan ajena a la mente de la Santa.

También a este período pertenece un proyecto de fundación de monjas Carmelitas dedicadas a la enseñanza que Juan acarició durante algún tiempo, sin lograr nada en concreto (p. 119). El proyecto no era quizá tan descabellado («project aberrant» p. 129) como opina el P. Sérouet, si Quintanadueñas, que conoce a fondo el ambiente teresiano, se empeña en él. Baste recordar la carta escrita por S. Teresa el 27.6.1573 sobre un proyecto de colegio para niñas en Medina del Campo, y lo que nos cuenta el P. Gracián sobre otro proyecto semejante en Valladolid en 1581: «Llegando a Valladolid, trataba un letrado muy rico y siervo de Dios de hacer un convento o recogimiento de doncellas en aquella villa, cuyas administradoras fueran monjas Carmelitas Descalzas; dábales casas y renta. Y sobre esta fundación trataban la M<sup>e</sup> y don Francisco de Fonseca y el licenciado Villafañe y otros hombres graves, diciendo unos que a la Orden no convenía aceptar esta manera de ministerios, otros que sí. La M<sup>e</sup> se resolvió en estas pláticas diciendo que una de las obras más agradables que se podían hacer a Dios en nuestros tiempos era semejantes monasterios de doncellas. Porque muchas que se crían sin madre o las que no las tienen tan edificativas, se crían en virtud; otras que están ocasionadas y a peligros se preservarían de caídas; y finalmente, criándose mujeres, que después han de ser casadas, desde niñas con virtud, espíritu y verdadera oración, después en sus casas son principio de la virtud de sus maridos y de toda su familia, y sería éste un medio de gran reformation en la república. Y como ella tenía tanto celo de las almas, estaba tan fervorosa en este ministerio y deseosa dél, que no solamente en aquella villa sino en todas las ciudades y villas de España gustara se hiciese otro tanto; y sin duda se cuajara aquella fundación si el Abad de Valladolid no instara en que las monjas Carmelitas que habían de administrar las doncellas habían de estar sujetas a su obediencia, lo cual la M<sup>e</sup> nunca consintió; y así, pasaron adelante a la fundación de Burgos»<sup>3</sup>. Refiriendo el mismo episodio en sus *Scholias...* pone Gracián en boca de la Santa las palabras siguientes: «Si se crían con oración, descúbrense talentos para las Religiones y llama Dios a muchas para el estado de monjas; y las que se casaren, siendo siervas de Dios y habiéndose criado en oración y virtud, hacen buenos a los maridos, hijos y toda su familia. Y así, de muy buena gana daré yo monjas para este colegio, que es una cosa que he deseado y deseo»<sup>4</sup>. ¿No estaban los

<sup>3</sup> Ib., doc. 423, p. 634.

<sup>4</sup> *Scholias...* Ed. Carmelo de la Cruz, en *El Monte Carmelo* 68 (1960) p. 146-147.

tiempos maduros, como se suele decir? Más que juzgar a Juan de Quintanadueñas, en este episodio, a la luz de una mentalidad posterior, quizá debamos considerarlo como testimonio directo de una realidad que la evolución histórica sucesiva no nos permite ver con la misma claridad con que él la había percibido.

Ordenado sacerdote en 1598 Juan siguió completando su formación teológica y aprovechó ese período de serenidad y de estudio para traducir al francés las obras de Santa Teresa editadas por fray Luis de León en 1588. La edición francesa salió en París en 1601, y en 1602 aparece, también con su colaboración, la vida de la Santa publicada por Ribera en 1590. Y fue precisamente esta traducción de sus obras el instrumento de que se sirvió la Santa para entrar, podríamos decir personalmente, en acción y acabar de una vez con los obstáculos que Juan no logra superar. Su lectura conquistó a M. Acarie y a través de ella se puso en movimiento un núcleo de personas influyentes. En un primer momento, ante las pegas que seguían poniendo los superiores españoles, el grupo reunido entorno a M. Acarie pensó en fundar sin más un convento de Carmelitas en París, sirviéndose de las Constituciones de la Santa, pero las hijas de Teresa advirtieron inmediatamente las deficiencias de semejante solución. Casilda de S. Angelo (profesa de Valladolid 22.8.1578) avisa que el estilo de vida que ellas llevan no puede describirse ni en Constituciones, ni en un libro entero. Se trata de una experiencia de vida aprendida de la Santa. Las Constituciones son tan breves porque la vida de las Carmelitas tiene más de espíritu que de ceremonias; su fundamento principal está en la íntima y perfecta comunicación con Dios y una gran desnudez de todo lo creado (p. 160). María de S. José por su parte hace notar que se podría comenzar la fundación a base de las Constituciones y luego irían a explicárselas, pues las leyes, como son muertas, necesitan lenguas que las expliquen (p. 161).

En 1603-1604, tuvo por fin lugar el viaje coronado de suceso, pero esta vez Juan no negocia en primera persona, sino que viene de asesor y acompañante (¡conocía ya tan bien todos los caminos!). Como responsable de la iniciativa figura M. Acarie y como agente principal Pedro de Bérulle. Con el cambio de los actores cambia también el estilo, y en vez de exponerse a una negativa más de parte de los superiores, se les exige por orden del Papa y del Nuncio otorgar el permiso. Sólo faltaba elegir las monjas que debían ponerse en camino para Francia. La principal promotora, María de S. José, había fallecido entretanto (1603), y después de barajar algunos nombres, la elección recayó en Ana de Jesús, que junto con Isabel de los Angeles y Beatriz de la Concepción, de Salamanca, Ana de S. Bartolomé, de Avila, Isabel de San Pablo, de Burgos, y Leonor de San Bernardo, de Loeches, se puso en camino para su importante misión. La organización del viaje corría naturalmente a cargo de Juan de Quintanadueñas. La comitiva se componía, al salir de Vitoria para la frontera, de 22 personas, que llevaban para su servicio 18 mulas (p. 195). Para la última etapa del camino compró Juan en Burdeos una carroza y cuatro buenos caballos negros (p. 196). Llegaron a París el 15 de octubre de 1604.

A continuación se narran al detalle las fundaciones de Francia, indicando la parte que en ellas toma Juan, y el paso de las Descalzas a Flandes, también con Juan como protagonista de primer plano. Fue in-

cluso su primer superior hasta que se encargó de su gobierno el P. Tomás de Jesús (p. 250). Tampoco aquí podía faltar el detalle de Juan que contribuye con su dinero a los gastos de traducción de las obras de la Santa del francés al flamenco por iniciativa de Ana de Jesús (p. 238-239).

Los últimos años de su vida sigue Juan soñando con las fundaciones de Carmelitas en el Congo, pero las misioneras de la primera generación se van haciendo mayores y los superiores han seguido reduciendo cada vez más el horizonte de la Orden. Una vez más el entusiasmo de Quintanadueñas choca con prudencias y modos de pensar muy distintos de los de Teresa (baste recordar la postura de Juan Bautista Vives, p. 329-330), y no se hizo nada.

\* \* \*

Con este libro el P. Sérouet ha erigido a Juan de Quintanadueñas un monumento al que le hacían acreedor sus grandes méritos en la difusión de los escritos y de la obra de Santa Teresa fuera de las fronteras de España, y esclareciendo la figura de Juan, arroja también nueva luz sobre muchos de los personajes que se cruzan en su vida y sobre un aspecto de gran interés en la historia del Carmelo Teresiano.

Se tocan también incidentalmente algunos temas que, por no pertenecer a la estructura del libro, no se analizan a fondo pero que son también de gran interés.

Aludiendo a Ana de Jesús se dice que las Constituciones de la Santa se imprimieron con aprobación de Sixto V en 1588 (p. 155). La aprobación era del Nuncio. La confusión puede venir del hecho que las monjas llaman de Sixto V a esas Constituciones aprobadas dos años más tarde por el Papa. De esa página puede sacarse la impresión de que las discusiones entre las Descalzas y los superiores versaban sobre cuestiones bizantinas, mientras que el empeño de Ana por defender la legislación teresiana miraba a la sustancia de un nuevo estilo de vida. Sobre el tema existe una tesis doctoral<sup>5</sup>.

Sobre el paso de Ana de S. Bartolomé de Francia a Flandes quedan todavía puntos sin esclarecer y el mismo P. Sérouet expresa el deseo de saber los argumentos empleados por Tomás de Jesús para convencerla (p. 256-257). Es una lástima que no se haya estudiado todavía a fondo el « choque » de Ana de Jesús con los superiores franceses. Es evidente la necesidad de una monografía esclarecedora que exponga la imagen del Carmelo que llevaban Ana de Jesús y sus compañeras y los puntos concretos en que veían amenazada esa imagen. Pues tanto ellas como sus superiores buscaban la mayor perfección de la obra a que habían consagrado sus vidas, pero había divergencias de fondo. Las cartas de Ana de S. Bartolomé a Bérulle publicadas en 1964 por el P. Sérouet<sup>6</sup> son una buena contribución documental, pero presentan sólo una parte de la realidad. Siguen inéditas las cartas a Tomás de Jesús, de las que resulta que quizá fue Ana de S. Bartolomé la que convenció al P. Tomás y no viceversa. En espera de que el P. Julián Urquiza (Viena) lleve a cabo su

<sup>5</sup> Ildelfonso MORIONES, *Ana de Jesús y la herencia teresiana. ¿Humanismo cristiano o rigor primitivo?* Roma 1968.

<sup>6</sup> ANNE DE SAINT-BARTHÉLEMY, *Lettres et écrits spirituels*, présentés par Pierre Sérouet. Bruges 1964. (Présence du Carmel 2).

edición crítica del epistolario de la Beata, puede ser útil recordar una carta de Ana de S. Bartolomé a Tomás de Jesús del 25 de septiembre de 1610. Reproducimos al final de esta nota la copia conservada (junto con otras tres del mismo año y al mismo destinatario) en el *Institutum Historicum Teresianum* de Roma, sin ninguna pretensión crítica y sin garantizar la exactitud de la misma, sólo como una indicación más del interés y de la necesidad de escribir esa monografía.

ILDEFONSO MORIONES

+

Jhs

Sea en el alma de V.R., Padre mío, y le dé en todo la luz de su santo Espíritu, como yo lo deseo y pido a Su Majestad todos los días.

Mucho á que no sé de V.R., y deseo que no sea falta de salud, que aora aría falta a la obra de Dios. Yo ago esto para dar cuenta a V.R., como a mi Padre y superior, de lo que pasa.

Don Pedro me escribió, en respuesta de lo que dije a V.R., que él no me quería enbiar a las fundaciones, que mas andava traçando de tenerme más cerca. Mas yo le voy a escribir, que ni cerca ni lejos; que sin el parecer de V.R., que no acetaré oficio, porque creo cierto que pecaría en ello, viendo por la manera que se hace; que por no le dar pena a V.R. no lo é dicho, pensando de verle primero y decirlo de palabra. Y es, que después que ellos an visto que yo deseava la Orden, les a dado tal enojo, que es de Dios lo que en esto se á pasado. Y, porque los que tienen buena opinión de la Religión y la desean, no entiendan sus intentos, ellos me dan el nombre de priora en lo de fuera, y dentro mandan a las monjas que no me ablen, ni den cuenta de sus almas, ni de las cosas de la casa, porque tengo mal espíritu; y que les aré mal, como no me conocen; y que soy una pobre española; que no hagan caso de mí; y cosas semejantes. Y lo que es la umillación y desprecio, vien es, yo lo tomo, como es verdad. Mas algunas veces que Dios se asconde, yo no estoy en ello sin peligro de pecado; porque, aunque quiero, veo tantas cosas fuera de orden, que me es grande aflicción; y no tener con quien me aconsejar, ni dentro ni fuera, con quien tomar un aviso ni descanso. Y los temores de si me é de morir en esto, sin tener con quien me confesar, son tan grandes, que si Dios no volviese presto a mirar el alma, eran para perder la salud o la vida. Mas a Dios las gracias, que me da más salud y fuerças en estos combates, que otras veces no é tenido tanta. Como es tanta la soledad, esto me consuela, que no parece por mi cuerpo la edad que tengo, que ando en orden como las más moças. En los favores de Dios, yo abraço todo con arto consuelo; y me ayudo lo que puedo haciéndome más simple y bova, aunque soy arto, mas ayúdome para dar más sugeto a sus fineças de todos. Mas como soy pecadora, no me puedo satisfacer de lo uno ni de lo otro, por mi parecer; y ansí el de V.R. tomaré en todo, que para eso me le á Dios traído esto poco que me falta de vida, para que sea mi Dios, y que en su lugar me rienda a su voluntad. Mírelo, mi Padre, y si Dios no le muestra otra cosa, no permita que yo quede en lo que estoy.

Asta que me avise, yo resistiré en todo, como creo soy obligada, según lo que siento, y que la obediencia de V.R. es más obligatoria. Créame, mi Padre, que no me arán fuerça por lo que me desean, sino por vanidad de mundo; que no quieren que los tengan por menos virtuosos. Harto mal ago en decir esto en carta, mas a V.R. todos mis pecados an de ser claros. Y si V.R. me responde a ésta, enbíela a sus compañeros, que la den a Monsior Salvasti, al Colegio de Monteagu, y no a otra persona. Y ayúdeme y consuélame con sus cartas, como padre.

Si ordenare que me vaya, no tema la costa, que esta doncella la ará. Yo é menester poca, que simplemente podemos ir.

No soy más larga, porque creo que por las raçones que aquí digo entenderá V.R. mucho a la Madre Ana. Yo deseo que ella no sepa esto de mí, aunque sepa todo por otra parte; mas si sabe que viene algo de mí, luego lo suele decir a estos señores, que a veces á sido harta pena.

A ella y a todas me encomiendo y a su compañero de V.R. Y quédese a Dios, Padre mío, que me le deje ver, si es servido.

Sierva y súbdita indina de V.R.  
Ana de San Bartolomé

De Tours y setiembre veytiçinco

[*Dirección:*] Al Reverendo Per Tomás de Jesús, nuestro Per Carme Réformé a Flandes. Bruseles.